

Capítulo ocho

HUMOR CANARIO.

Notas para el desarrollo de una conferencia con el fin de estimular el interés por ese humor tan peculiar de nuestras Islas.

A nuestro don Camilo su acibarado humor le ayudó a obtener aquel supremo galardón literario. Me refiero a don Camilo José de Cela y no al don Camilo de Giovanni Guareschi, el cura rural en constante lucha incruenta con don Pepone, alcalde comunista de su pueblo y al que el Cristo del altar mayor le reprocha y le dice severamente: "Camilo, hijo, deja eso que llevas escondido bajo de la sotana", y al cura no le queda más remedio que depositar en la sacristía la metralleta que escondía, por si acaso. El don Camilo nuestro, don Camilo José de Cela, irónico con él mismo, comentaba que los conferenciantes profesionales suelen archivar los discursos y, cuando pasado un tiempo prudente y en situación geográfica algo distante, desempolvan lo dicho y lo repiten. En Bilbao terminó su disertación, se le acercó un oyente y le dijo al oído: "Don Camilo, como siempre, lo felicito por su magnífica exposición, pero me gustó más cuando la pronunció hace tres años, en Cádiz". Supongo que la extraordinaria charla que le oímos hace tantos años, según mi archivo particular el 2 de marzo de 1972, bajo el título "Marañen, el hombre", en la entonces llamada Escuela de Pesca de Arrecife, ya la habría pronunciado, con igual éxito, en algún remoto lugar de la España peninsular.

El "contador de chistes" es la antítesis del humorista. Huyes de él pero, si no encuentras una esquina por donde escabullirte, inmediatamente te aborda con aquello de: "¿Ya sabes el de. . .?" o "¿Ya te contaron el de...?. Te resignas a no contestarle: "Si, ya me lo sé, porque me lo has contado seis veces y ésta será la séptima".

Actualmente el concepto de ciencia se ha ido expansionando, llegando incluso a hablarse de la ciencia y de la cultura del ocio o del deporte. ¿Por qué no relacionarla con el humor? De hecho, ya leemos y oímos el concepto de "risoterapia". Seguramente habrá que encajarla, o ya se habrá encajado, dentro de la medicina a través de la rama de la psicología. En ese momento es muy posible que además de estudiar al doctor Marañoñ o a los López Ibor, habrá que hacerlo con Bernard Shaw o con Tono, el insuperable miembro de "La Codorniz", aquella revista de los años cuarenta, "la más audaz para el lector más inteligente", según su eslogan. De esa forma el "risoterapeuta", ¿será correcto el nombre?, en vez de comunicarle al paciente que al acostarse los lunes, miércoles y viernes tome una pastilla de prozac, y los martes, jueves y sábado una de sedotime, le recomendará leer, antes de dormirse, los lunes, martes y miércoles, un capítulo de "Las aventuras de Tom Sawyer" de Mark Twain; los jueves, viernes y sábado unos párrafos de "Todos los ombligos son redondos" de Álvaro de la Iglesia y rematarlo el domingo con una poesía de don Vital Aza, de quien no conozco sus aciertos como médico pero sí de gran humorista. Recordamos aquello que empieza: "Soy Pedro Pérez Paticola, de la Real Academia Española, limpia fija y da esplendor". Y es que el humor también puede ayudar a cumplir el consabido eslogan académico.

Opuesto al que acabamos de denominar risoterapeuta, está aquel a quien la cultura popular ha venido a calificar de "cenizo", que si es primavera protesta de que el cielo esté tan azul, que haya tantas flores o que los árboles tengan demasiadas ramas; y en otoño lo hace porque las nubes oscurezcan el ambiente o que el mar esté encrespado; el que tiene humor negro y cuya conversación casi te obliga a buscar amparo del psicólogo.

Pienso que el sentido del humor debe ser incluido en los test sobre inteligencia del encuestado. Con matrícula de honor hubiera pasado ese test don Albert Einstein, quien solicitado que diera una explicación sencilla de su teoría de la relatividad dicen que manifestó: "Un minuto son siempre sesenta segundos; pero no es lo mismo un minuto sentado con una muchacha guapa que un minuto sentado sobre una plancha caliente". El humor ha llegado a materia tan seria e íntima como la sexualidad. Leía hace unos días en una revista crítica de publicaciones, que una sexóloga, Ana Irene Sierra, en su libro "Hagamos el humor", escribía: "Tenemos que cuidar nuestra sexualidad con sentido del humor para desdramatizar los percances" y añade algo que, a mi juicio, se puede aplicar a toda actividad: "El humor no solo sirve como herramienta de emergencia en los malos momentos, sino como recurso para prevenir que no aparezcan".

El humor es una de las partes más importantes del llamado "séptimo arte". En el cine han tenido cabida intérpretes como Charlot o Cantinflas. El Charlot de los discursos de "El gran dictador" o el Cantinflas que en su papel de D'Artagnan en "Los tres mosqueteros", aplica a rajatabla su eslogan de "Todos para uno y uno para todos", pues al repartir cigarrillos entre sus compañeros, parte uno en cuatro y le da una parte a cada uno y él se guarda el resto del paquete. Aquel humor cinematográfico que no necesitaba la carcajada y el aplauso "enlatado" de apoyo a lo que parece gracia, y que logra el efecto contrario, y que tanto se prodiga en las series televisivas de origen norteamericano y que algunas veces se imita en las de origen español. También influye en la formación estética de nuestros niños. No quiero asegurar que aquellos juguetes inspirados en Disney, con sirenitas y hadas revoloteando como moscas, sean el instrumento ideal para la formación infantil; pero de eso a los actuales juguetes llenos de verrugas y lamparones; de esos monstruos siniestros que vemos en manos de la chiquillería, no creo que sean lo más oportuno para que sirvan de diversión, jolgorio y formación de un espíritu festivo que esa mentalidad muy receptiva necesite.

Las Islas Canarias han sido un vivero muy importante de humorismo; ya lo fuera popular o de literatos que nos han dejado su obra. En el siglo XIX, don Tomás de Iriarte, desde su localidad de La Orotava y posteriormente en sus cargos en Madrid, con sus "Fábulas literarias", en número de 76, que serían traducidas a muchos idiomas, algunas hirientes, que le hizo ser protagonista de incidentes y desafíos propios de aquel siglo, en los que un literato coetáneo, rememorando lo del burro que hizo sonar la flauta por casualidad, le llamó "El asno erudito".

En la misma isla de Tenerife, bajo el seudónimo de "Nijota" otro escritor de principios del pasado siglo, escribió entre otras, una obra teatral en verso, "El amor en bicicleta", que un grupo de San Bartolomé puso en escena. En La Laguna, doña Luisa Machado, a quien tuve la suerte de conocer en mi época de estudiante por su amistad con la familia Leal con la que conviví, hizo objeto de sátira humorística a políticos e instituciones, que su hijo recogió en un divertido libro, "Las voladas de seña María", en que nos habla de "el fotingo", corrupción de la palabras inglesas "foot it and go", con las que la marca Ford casi exclusiva de los coches importados en las islas, describía su modelo T; de la

confusión que plantea el "indiano" recién regresado a las islas con su presunción de terminología exótica aprendida en la tierra de Simón Bolívar, pidiendo en el bar una "lisa" muy fría, cuando tenía que solicitar una cerveza, o ver al camarero traspuesto cuando le pide un "negrito" en vez de un café muy cargado, o un "marroncito" por un cortado; cuando advierte al guardia municipal que en la esquina se está produciendo una "guarandinga", cuando en realidad lo que hay es una pelea, o si dice "cónchale" como exclamación de asombro.

Respecto a Gran Canaria, en mi casa estaba un libro que "desapareció", y no se a donde fue a parar, publicado allá por el final de los mil ochocientos o principios del siglo XX, hace muchos años agotado y que, quizá la falta de sensibilidad de los responsables no ha reeditado, o al menos no lo estaba cuando he intentado adquirirlo. Siento no recordar el nombre de su autor, pero si el de su título, "Canariadas de antaño", en el que, entre muchos capítulos dedica uno a la prepotencia del "indiano" que, habiendo partido de las Islas como un verdadero muerto de hambre, regresa con el ahuecado cinturón relleno de "peluconas" de oro y otro capítulo a esa corruptela lingüística del profesional que emplea su terminología incluso en las conversaciones particulares. Uno de esos indianos, escribe a sus familiares para que le construyan una verdadera mansión en medio de un barranco casi inaccesible. Ante la advertencia de ser imposible realizar su idea, contesta que por dinero no sea, que se gasten lo que haga falta pero que tener una casa en ese lugar era un capricho que quería conseguir. Se realiza el deseo y, cuando regresa el "trasmarino", como también se designaba a los emigrantes a América, y que tenía lo que hoy llamamos respetuosamente "disminución física" en una de sus piernas, realiza la inauguración y, para mayor solemnidad ordena colocar en el frontis una placa que, para reforzar esa solemnidad, solicita se redacte en latín. El mármol decía: "Nihil impossibile est". Al día siguiente, no con espray como se usa actualmente, pero supongo que con carbón o pintura, la frase latina fue completada en su texto: "Si, nihil impossibile est, como tu boca relata, arréglate la pata, que la tienes al revés".

Todos recordamos aquellas misas preconciarias con el sacerdote de espalda a los fieles, en las que el altar se dividía en dos partes, la de la epístola a la izquierda y la del evangelio a la derecha, y que, una vez leída la carta de San Pablo o de cualquier otro santo a los romanos o a los tesalonicenses, el monaguillo pasaba el libro sagrado, apoyado en el pequeño atril, del lado de la epístola al del evangelio. El lugar que en Las Palmas ocupa actualmente el parque de San Telmo, fue con anterioridad una pequeña cala, denominada así "Caleta de San Telmo", una especie de carenero donde se reparaban y construían barcos, entre ellos, al parecer, el más antiguo que queda en las islas, el "Bella Lucía" que, afortunadamente restaurado, vemos navegar por las costas de nuestra Isla y botado al mar a mediados o fines del siglo XIX. Allí, la Cofradía de Mareantes, organización que encuadraba a armadores y marineros, construyó la Iglesia de San Telmo que todos conocemos. La mañana de un domingo, una señora llega apresuradamente a la puerta de la iglesia, en el momento que un "roncote", así denomina el autor al marinero en terminología casi exclusiva de Gran Canaria, sale del templo. La señora, con voz entrecortada por la fatiga, pregunta: "¿La alcanzo?". Se refería a la misa, y la contestación del marinero: "¿Ésta?, ni con tres liñas, ya hace rato que pasaron el taburete para estribor". Un escritor bohemio, Pancho Guerra, creó de forma magistral el personaje de "Pepe Monagas", que con grupo de amigos noveleros van a Tenerife a ver una corrida de toros. Cuando ve que el toro se arranca para investir al torero le grita: "Juigase cristiano, que lo topa el güey"; personaje de ficción protagonizado de forma no menos magistral en escenarios y grabaciones, por

el artista grancanario Pepe Castellano. Eduardo Millares, bajo el seudónimo "Cho Juá", caricaturizó a todo bicho viviente, y con humor gráfico y casi negro, nos cuenta que en la época en que la familia Betancort era el exponente del poderío económico de Gran Canaria, una llamada telefónica equivocada, pregunta: "¿Es la casa de los Betancores?" y desde el teléfono de la chabola, en la ficción literaria todo es posible hasta chabolas dotadas de teléfono, la voz de la famélica señora contesta con el clásico canarismo de: "¡Ajolá cristiano!"; el "aparca coches" que ayuda al apurado conductor con el "¡dele!, ¡dele!"; suena el golpe contra el coche de detrás y el definitivo "Apare que ya le dio" o el "cumbbrero" de Gran Canaria que es abordado en la calle Triana por el señorito de la capital: "Qué amigo, ¿ha llovido mucho para arriba"? "Ni sernos amigos ni nunca ha visto llover pa'riba, sino siempre pa'bajo".

Acercándonos a nuestra isla, agradezco a Pepe Ferrer, nuestra amistad y parentesco me autoriza a no tener que llamarlo don José, que dedicó su discurso de ingreso en la "Academia de las Ciencias y las Ingenierías de Lanzarote", a un hombre popular, a don Juan Olivero, que yo recuerdo ver mientras esperábamos en la puerta de la "Escuela de arriba", como se denominaba extraoficialmente la nuestra regida por don Guillermo Topham, en San Bartolomé (la que regentaba el padre de Pepe, don José Ferrer Martín era la "Escuela de Abajo") y, aparte de la circunstancia que mencionó Pepe de que el señor Olivero hizo una cama para mi familia, adornada con unos grabados; yo le contaba una anécdota, que tiene también su pincelada de humor, ya que cuando mi abuela Margarita, para limpiar los cristales de aquellas altas ventanas, le encargó una escalerita que permitiera su acceso, al poco tiempo llegó don Juan con el encargo, "escalerita" que portaban tres hombres, ya que dos solos no podían con su peso. Y digo que agradezco a Pepe que se haya volcado en un personaje popular, ya que yo también quiero empezar la galería de nuestros humoristas con otro hombre de pueblo; y cuando empleo el término humorista para nuestra gente no me refiero a humoristas en sentido estricto, a los que hacen del humor literario su profesión; sino a quienes en su vida, en sus conversaciones, en sus tertulias, y los que manejaron con mayor o menor acierto la pluma, en sus escritos, barnizaron de humor su actividad.

El primero, hombre con el mismo oficio que don Juan Olivero; dedicado a la carpintería; si bien Olivero fue hasta escultor, el nuestro de Arrecife era, parodiando a los antiguos zapateros, solo carpintero remendón que arreglaba mesas desvencijadas, sillas cojas y sillones con poca estabilidad. Me refiero a quien fue conocido por maestro Alejandrino, y que hace unos días, el escritor Félix Martín Hormiga me lo identificó con nombre y apellidos; fue don Alejandro Benítez Saavedra. Tuve el honor de que en mi juventud, cuando me acercaba al Instituto de la calle coronel Bens, hoy "Instituto Agustín Espinosa", por la calle Canalejas, donde tenía su carpintería, en una vieja casa que ocupaba el solar donde hoy está el supermercado Marcial aproximadamente, mientras él intentaba trabajosamente subir unos escalones que daban acceso a la calle, me dijera algo así como que ya se encontraba viejo para aquellas aventuras. De figura unamunesca, y me congratulo de coincidir en el calificativo con nuestro Leandro Perdomo; menudo, pelo y recortada barba blancos y gafas de pequeños cristales redondos, espejuelos se decía en esos momentos, de aros metálicos que seguramente serían de un indefinido metal amarillo, y no de oro como las del Maestro de Salamanca. Maestro Alejandrino, acompañado de la mona que encadenada, asomaba por los cristales rotos de la ventana (no se concibe a nuestro artesano sin la mona como no lo es pensar en el Cid Campeador sin su caballo Babieca o su espada Tizona), supo rodearse de la intelectualidad arrecifeña que por las

tardes se reunía en su desvencijado taller, "El tercio" como se le conocía popularmente y en el que los "Moros notables", sobrenombre de los socios que, después de almuerzo, tomaban café y dormitaban en la acera del Casino, al atardecer se acomodaban, apartando virutas y aserrines, sobre el banco de carpintero o en las sillas y sillones que esperaban turno para que el artesano empezara su recomposición. Maestro Alejandrino fue el caricaturista de la palabra. Él con dos palabras retrataba el alma o el físico del ciudadano a su alcance, lo mismo que el caricaturista gráfico lo hace con sus garabatos; y digo garabato como medio de expresión y sin ánimo peyorativo. A alguien que siempre llevaba la boca medio abierta, como a un niño al que acababan de privar del pecho materno, lo rebautizó como "Hurón destetado" y al que acicalado, recién afeitado y perfumado, le colocó el mote de "Carita de belladona".

Por la década de los cincuenta del pasado siglo, Lanzarote pudo ser testigo de una revivida "fiebre del oro", como ocurriera en la anterior centuria en la California norteamericana. Recaló por Arrecife, y creo que nunca se puede decir mejor tratándose de un puerto de mar, un personaje cuyo pelo negro contradecía su apellido, y "descubrió" que una parte muy importante de nuestras lavas volcánicas estaban compuesta del oro de más quilates que se pudiera imaginar. Alguien en su presentación pública en las instalaciones de la vieja Democracia, y yo fui testigo, lo llamó, parodiando al escritor clásico, "Don Francisco el de la sonrisa innumerable". El personaje en cuestión nos aseguró que el muelle de Los Mármoles, que iniciaba su construcción con piedras procedentes del volcán de los Matallanas, en Tahíche Chico, habría que desmontarlo y emplear en el mismo un material menos noble que el valioso metal que se despilfarraba. Como decía su presentador en sociedad, don Francisco repartía sonrisas, pero a la vez recaudaba pesetas de los bolsillos insulares. Llegado el momento de la comprobación de sus teorías, en la sede de la sociedad promotora reúne a interesados y curiosos, para presenciar, entre mecheros, hornos y alambiques, en cuya escena sólo faltaba el búho que acompañaba a los alquimistas medievales, el deseado milagro. A uno de los, no sé si curioso o interesado, un señor que, por verdaderos méritos propios, lucía en la solapa la medalla de oro de determinada institución, se le acerca "Pancho", hombre con humor hasta en sus huesos, le toca el hombro y le dice al oído: "Amigo no se acerque mucho, no sea que se le derrita la medallita". Dicen que se produjo el milagro. Nos imaginamos el truco. Lo cierto que la sonrisa que don Francisco contagió a sus "benefactores", con el tiempo se les congeló en los labios.

Hace poco tiempo hemos perdido uno de los intelectuales de nuestra isla, don Emilio Sáenz, profesional de las leyes, con un extraordinario sentido del humor en sus tertulias y conversaciones, en las que tuve el honor y la satisfacción de participar y que ahora y aquí echo mucho de menos. Una tarde en el antiguo Casino, el profesor de filosofía del Instituto, mi profesor, hablaba y no paraba de su ídolo, de Aristóteles, y aseguraba: "Ha sido el hombre más importante de la humanidad, sobre todo con su teoría del justo medio. La verdad está entre los extremos". Don Emilio, harto de tanta perorata, le dice: "Mira Rafael, en Haría, señor Juan "Chabusquillo", estaba trillando en la era, y el hijo, con la euforia de muchacho, montado en uno de los animales, llevaba la "cobra", ese amarrijo de burros y camellos, unidos por el "cogote", a toda velocidad, a golpes de la soga en sus manos. Señor Juan le dijo al muchacho: "Juanillo, no lledes la cobra ni muy despacio ni muy de prisa; o sea que señor Juan dijo lo mismo que Aristóteles, pero con mucha más gracia".

En el semanario "Antena" de la década de los cincuenta, mantenido heroicamente durante bastantes años por la vocación periodística de don Guillermo Topham, "Güito" seudónimo y para los amigos, y mi primer maestro; semanario afortunadamente rescatado para la actualidad gracias al convenio entre la sociedad cultural arrecifeña La Democracia y la Universidad de Las Palmas, dos lanzaroteños, que quizá no pasen a la historia mundial de la literatura, pero que si están ya en la historia de nuestra isla, y fundamentalmente en su vertiente del humor, don Nicolás Martín Cabrera y don Gregorio Medina Armas, que bajo los respectivos seudónimos, "Casiano" y "Ego sum", polemizaron en clave de humor, de cuanto ocurriera en nuestra ciudad en aquellos tiempos. Cuando en la comisión municipal recientemente creada para la reestructuración de la denominación del nombre de las calles, ante la propuesta de que se perpetuara su nombre, se descubrió que un acuerdo de nuestros ediles de hace bastante tiempo ya se les había premiado con esa distinción pero al parecer, esos papeles, el acta del acuerdo durmió en alguna gaveta, y nadie ordenó su ejecución. Haciendo esquina entre las calles José Molina y Villacampa, una vieja casa, con una habitación en alto, aquello que en nuestros pueblos se conocía como "sobrado", y que aún no había caído por efecto de la piqueta demoledora de tantos recuerdos, de una ventana encarnada, hoy diremos de color rojo, colgaba una vieja alpargata blanca. Las misivas de humor entre Casiano y Ego sum, en diversidad de metro poético, filosofaron buscando el origen de la alpargata, analizaron su estructura o pronosticaron sobre el futuro que le aguardaba. Al parecer, alguien aceptó la crítica y como diría al final Casiano, la alpargata desapareció. La primera que Ego sum dedicó a Casiano decía: "Te dedico, Casiano / mis seguidillas / de estilo chabacano, pero sencillas. / La calle Villacampa / tiene una casa, / que parece del hampa / vista su traza. ¿Sabes cuál es la casa?: / la de la esquina, / que es la que da a la calle / que antes fue Mina. / Pues, en eso yo insisto / -de buena gana-/ porque muy bien he visto / yo su ventana. /... la construcción ignoro, / de cuando data / más hay en la ventana / una alpargata. (Siguen más versos, para terminar): Digo que, por su traza, / parece del hampa / la casa de la esquina de Villacampa". Por su parte Casiano contesta a Ego sum: "Aceptando don Ego / su mano a mano, / le dedico estos ripios / yo muy ufano. /... . ¡Perseverancia! / Pues las cosas se logran / con la constancia. / Por ejemplo: habrá visto, / noticia grata / Villacampa ha perdido / ya la alpargata. / La calle de Colegio / tiene una acera / por partes, "pa" subirla / falta escalera. / la de Francos asimismo / un rompe pies / tiene un pretil volcado, vuelto al revés..."

Hace unos meses comentábamos públicamente que un electro-doméstico, nevera o lavadora, blanca como la alpargata, pero con manchas de herrumbre (la alpargata era blanca pero su base de goma negra), "adornaba", desde hacía mucho tiempo, un lateral de esa magnífica y bien concebida y ejecutada, pero poco usada avenida, que el pueblo ha rebautizado como "Del colesterol", si bien muchos de sus usuarios no padecen la enfermedad, y solo lo hacen por el placer de disfrutar de la naturaleza, de nuestro mar. El electrodoméstico, nevera o lavadora, hubiera hecho las delicias de Casiano y Ego sum. Según sus festivos cronistas, la alpargata desapareció, pero el electrodoméstico sigue impertérrito, como una azucena blanca en medio del desierto.

Don Abel Cabrera Díaz, maestro como me gusta llamar a los que se dedican a la primera enseñanza, no sé si por cariño a la profesión de mi bisabuela, mi abuela y mi madre, que se sucedieron sin ruptura de continuidad, en esa bendita labor; digo, Abel Cabrera simultaneó la enseñanza con ser gran articulista en los semanarios "Pronósticos" de don Leandro Perdomo, "Antena" que ya hemos mencionado, "El Eco de Canarias" y "La Provincia", y cuya producción literaria es una pena que

ninguna institución haya decidido su recopilación y publicación, y que tengo en mi poder, elaborada por ordenador y por gentileza de sus hijos, y por mi parentesco político con el autor. Abel, con fina ironía, nos habla de las "modas masculinas", y dice textualmente: "Cabeza engomada, brillos de calvicie o calva camuflada. Y nuestra nariz y el labio más cerca son como guardianes de un bigote anárquico, que no se sujeta a rígidas reglas. Los hay de mil tipos: uno, que atraviesa su jurisdicción y para en la linde. Otros, que sin conformarse con el campo suyo y sin consideración a nuestra mejilla le roban terreno y atrapan simiente que ya está crecida. Cautelosos otros, sus puntas derraman. Algunos son flacos y, en finas tiritas, dan la sensación de una línea recta. Otros, son muy gordos. Unos tienen curvas por cimas encontradas y, por su base, se alejan del labio, que arriba llevamos. Aquellos más rudos, son como cortinas que caen sobre el labio. A última hora recibo noticia de que los zapatos también han cambiado. ¿Por qué no lloramos". En "Vámonos al campo", nos cuenta de la campesina que llega a la ciudad: "Y la campesina entra en la ciudad. . . y mira y remira en la claridad. ¡Jesús que peinados! ¡Dios mío, que trajes! Un niño en un coche. Los gemelos míos los llevo en alforjas. Ve en estanterías botes de cien clases, dulces en conserva, muchos embutidos, jamones, botellas muy raras cuyas etiquetas nos hablan de extrañas bebidas. ¡Ay mi gofrito con seco "conduto"! ¡Ay del trago de vino que a Juan le reservo! Y en otro comercio lucen muchas piezas de variadas telas y frascos con relieves de formas diversas, donde se cobijan perfumes selectos. ¡Ay de mis percales en batas holgadas! ¡Ay de la frescura que exhala un olor a jabón y agua! Cuando el matrimonio campesino se encuentra de nuevo: ¿No te ahoga el aire?... ¿no lo encuentras áspero? ¡Vámonos al campo!". "Sí, pero no", otro de sus artículos: "Visite usted centros profesionales, oiga conversaciones familiares, pase por representaciones burocráticas. . . y verá al visitado contestando sí, aún a sabiendas de su falsedad, mientras en el visitante se escapa desconfiada sonrisa. Sí, sí, nos dicen, de hoy a mañana quedará arreglado el asunto. Y la realidad nos seguirá confirmando que no será antes de 5, 6 o 7 semanas, en cálculo benigno. Todos hemos observado una realidad tajante y explosiva, que en la actualidad suplanta el concepto afirmativo sí por su antídoto negativo no. Y es que convertir mágicamente dos palabras antónimas en sinónimas es aberración propia de nuestra época... Y es que en la confusión idiomática que actualmente padecemos, la Academia de la Lengua debería ser como una comisaría de policía más". Esto se publicaba en "El Eco de Canarias", el 30 de julio de 1972.

Entre los escritores, don Leandro Perdomo, maestro, no como Abel de la enseñanza, pero sí de la pluma como se decía en aquellos momentos, y que hoy no se podrá decir del ordenador, nuevo instrumento para la expresión, ya que cualquiera puede manejarlo, incluso con corrección automática de errores; Leandro nos dejó en su extensa obra literaria, el humor del que personalmente podía hacer gala, y del que nosotros, desgraciadamente, pudimos disfrutar muy pocas veces. En su "Lanzarote y yo" nos habla de la "Resurrección del gato" y "Tres cuentos de pelos", con los que hemos disfrutado.

A don Isaac Viera lo vi solo una vez, siendo yo niño, por la calle Primo de Rivera, camino de su casa, ya muy deteriorado y poco antes de su muerte. Polémico, trotamundos, hiperbólico que es una forma sutil de decir exagerado, comelón, de una cultura exquisita en aquel Lanzarote que poco se prestaba a eso y con tal sentido del humor en sus dichos, hechos y literatura que, de habérselo tomado en serio, seguramente hubiera sido uno de los grandes humoristas de nuestras letras. Decía hiperbólico pues se contaba que en la narración de sus estancias por esos mundos de Dios,

fundamentalmente en Hispanoamérica, alguien lo contabilizó los años de estancia en cada una de sus etapas viajeras y finalmente le advirtió: "Don Isaac, pare el carro que ya va por los ciento cincuenta años". De una memoria fuera de serie. Hace unos días oía por la radio un eslogan publicitario sobre determinado medicamento que decía que, con una pastilla diaria se tendría "memoria de elefante". Mi primo Polo Díaz me contaba que, siendo niño, paseando por Arrecife con su padre se encontraron con don Isaac, que les haló de Barcelona y les describió muchas de sus plazas y rincones de forma que mi primo, cuando se separaron, le preguntó al padre: "¿Cuántos años ha vivido don Isaac en esa ciudad?" La contestación paterna: "Él no ha estado nunca en Barcelona, pero si leído mucho de lo que se ha publicado sobre ella". Don Isaac, por lo que cuentan, tenía no la memoria de un elefante como decía aquella frase publicitaria, sino la de toda la manada de elefantes junta. Don Emilio Sáenz me contaba un par de anécdotas de nuestro protagonista. En una campaña electoral se prestó a ser portavoz, precisamente de un pariente mío, que presentaba su candidatura por determinado pueblo frente al candidato de otro pueblo cercano. A éste, el portavoz, o sea don Isaac, lo puso como suele decirse en una frase no usada en nuestras Islas pero si en la literatura, de "chupa de dómine". Mi pariente se enteró de que en el mitin de su rival, el sábado siguiente, don Isaac lo había puesto a él, también del mismo aditamento textil del preceptor. Cuando le reprochó su actitud, don Isaac le contestó: "Don Manuel, ¿y la gallinita a la pepitoria con que me obsequiaron al final?", que era, según dicen, su plato favorito. Con ocasión de la llegada a Lanzarote de un avión, el Casino de Arrecife obsequió al piloto, que pudiera ser, aunque no lo puedo asegurar, Monsieur Lefrac que, según el libro "La aeronáutica en Lanzarote" de José A. Granados acredita, fue el primero y lo hizo en 1919 en la Playa de El Reducto, con un almuerzo en el que, una vez más don Isaac, que debió ser un profesional de la portavocía, inició el discurso con estas palabras aproximadamente: "Ustedes los aviadores y nosotros los poetas, somos unos seres extraños que siempre estamos en el aire con la diferencia que, cuando los aviadores regresan a la tierra son obsequiados con un banquete como éste, y nosotros los poetas tenemos que conformarnos con el vil salpreso". Quizá habrá que aclarar, sobre todo a los más jóvenes, que el salpreso era el pescado empleado para elaborar el sancocho que, en aquellos tiempos pretéritos era la comida más ínfima de la Isla. Cristín Bethencourt me contaba que el señor Viera presumía de haber sido preceptor de los hijos del general Machado, el dictador cubano y que, un día que acompañaba a los niños por el campo, éstos portadores de unas armas de fuego, intentaron lo que definió como "la caza del negro". Él les reprendió por su actitud, pero cuando llegó al Palacio Presidencial, ya los muchachos se habían quejado a su padre y éste, dirigiéndose a nuestro personaje, lo amenazó: "Viera, recuerda que cogote cortado no retoña". Bohemio, vivió a salto de mata y apoyándose en su hermana maestra y soltera como él. Además de sus dichos y sus hechos, dejó escritas aventuras y anécdotas, con fina ironía, recogidas principalmente en su libro "Costumbres canarias", afortunadamente reeditado por nuestro Cabildo Insular y A.S.C. Elguinaguaria, del que su lectura es una verdadera delicia y en el que nos cuenta, entre otras muchas, las aventuras del joven emigrante Bonifacio Carpanta que regresa de Caracas y se harta de sus familiares que ignoran el significado de aquellos términos que el importa y considera de lo más moderno. Ellos no entendían cuando él les hablaba de "bojote" o "corotos". El cuento del nuevo párroco de Femés que, en la misa en que se conmemoraba el nacimiento del Niño Dios, cuando un anciano, desoyendo la prohibición sacerdotal de la costumbre de silbar en el momento del nacimiento, lanza el silbo y el cura responde golpeando al fiel en la cabeza con la imagen sagrada, que cae al suelo hecho pedazos. Al salir el sacerdote una vez finalizada la misa, un

improvisador en la plaza, le canta: "Al Niño recién nació, lo mató el señor cura, por mor de la calentura, que cogió con el silbío".

Alguien, a quien pido perdón, por no recordar su nombre, me facilitó una nota que no resisto la tentación de transcribir, porque creo que expresa el carácter polémico, crítico y desenfadado de don Isaac. También pido disculpas por no poder citar el medio en que fue publicado: "En 1891 el escritor y periodista don Isaac Viera, director de "El Independiente" en Arrecife de Lanzarote, al salir de la botica de don Salvador Lleó Benlliure fue atacado por don Santiago Pineda Amador y don José Cabrera Pineda, por considerarse injuriados en dicho medio. En 1895 en su autobiografía, el agredido hacía el siguiente romance: En mi peñasco nativo / redacté El Independiente, / y de esta campaña vivo / salí milagrosamente. / Era una noche del mes / de las auras y las flores, / para mis los clamores; / ¡bien lo sabe San Ginés! / Al revolver de una esquina, / dos Cides enmascarados, / de membrilleros armados / me dieron una tollina. / Esos valientes de raza, / sin duda por apreciarme / trataron de colocarme / con empeño una mordaza. / Como gato panza arriba / me defendí, más no obstante / recibí un palo aplastante / que me duele mientras viva. / Palo que siempre recuerdo / porque lo llevo en mi ser, / queriendo reverdecer / en el hipocondrio izquierdo".

Por gentileza de mi pariente y buen amigo Fernando Curbelo y de María Isabel Rodríguez Leal, con cuya familia conviví en mi época de estudiante de La Laguna, y de su esposo el catedrático don Cristóbal Corrales, a quienes se lo agradezco profundamente, recibí sendos ejemplares del libro "Canariadas de antaño", de los hermanos Luis y Agustín, Millares. En el cuento "¿Se alcanza?", el viejo roncote contesta textualmente: "Ezta? ni con trej liñas. Qué tiempo jase que muaron el taburete pa sotavento". Posteriormente el Cabildo Insular de Gran Canaria, reeditó éste libro.

Fue desarrollada a invitación de la Academia de las Ciencias y las Ingenierías de Lanzarote, en un salón del Hotel Lancelot de Arrecife, el 19 de septiembre de 2008.